
PRIMER SERMON.

Jesucristo, esperanza de los pueblos antiguos y redentor de la humanidad pecadora, lazo de union entre Dios y el hombre, tipo de la humanidad regenerada.

Ego sum via, veritas et vita.

(Joann. XIV, 6.)

Todo es de Dios; y desde el pequeño átomo que se distingue apenas rodando en inciertos giros por el espacio, hasta el magnífico globo de luz y de fuego á quien el Criador señalara su lugar en el firmamento, todo anuncia ser la obra de sus manos (1). Y esas obras de Dios son grandes, como canta el Profeta; dispuestas esquisitamente para nobles fines (2); preparadas todas con sabiduría (3); ordenadas con peso, número y medida (4); de modo que ascendiendo desde la menor de ellas en escala misteriosa, puede el hombre elevarse al conocimiento de las perfecciones invisibles de Dios, de su poder y de su Divinidad (5). Todo es obra de Dios, y todo tiene un fin sublime en su creacion: la gloria del Criador, la

(1) Psalm. XVIII, 1.

(2) Psalm. CX, 2.

(3) Jerem. LI, 15.

(4) Sap. XI, 21.

(5) Ad Rom. I, 20.

felicidad de su criatura predilecta. Pero entre todas hay, Señores, dos obras que Dios llama especialmente suyas, porque en ellas brilla de un modo peculiar su poder con su sabiduría y su amor, y mediante ellas se realizan más perfecta y admirablemente los nobles fines del Señor del universo. Estas dos obras especiales de Dios, que forman como los dos polos en que se apoya todo lo criado, son Jesucristo Hijo de Dios, y María Madre de Dios. Del primero lo dice el Profeta: *Obra tuya es, Señor; en medio de los años dale vida; en medio de los años la harás notoria* (1). De la segunda lo dicen, con Jeremías, que la presenta como una creación nueva (2), y con San Juan, que la contempla como un prodigio grande (3), todos los Santos Padres, que la llaman el negocio de todos los siglos (4), la obra de un designio eterno (5), el milagro más grande del universo (6), la obra de Dios por excelencia (7). Escuchad á Santo Tomás: «La humanidad de Jesucristo, por estar unida al Verbo de Dios, y la bienaventurada Virgen María, por ser Madre de Dios, reciben una como dignidad infinita del Bien infinito que se les comunica; de modo que no puede haber nada mejor ni más excelente que ellos (8).» Del primero debemos ocuparnos en este día y en los siguientes: la segunda

(1) Habac. III, 2.

(2) Jerem. XXXI, 22.

(3) Apoc. XII, 1.

(4) *Negotium omnium sæculorum*. (S. Bern., Serm. 2 de Pentec.)

(5) *Æterni consilii opus*. (S. Aug. Serm. 1 de Annunt.)

(6) *Præstantissimum universi orbis terræ miraculum*. (S. Ephrem. de laud. Deip.)

(7) *Opus Domini, mirabile Dei opus*. (S. Bonav. in Specul. B. M. V., lectio 7.)

(8) *Humanitas Christi ex hoc quod est unita Deo.... et beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei, habent quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito, quod est Deus; et hoc ex hac parte non potest aliquid fieri melius eis*. (S. Thom. 1. p., quæst. 25, art. 6, ad 4.)

atraerá nuestro corazón, y será objeto de mi palabra en el último día de estos santos ejercicios.

Llamado, Señores, á hablaros desde esta cátedra, donde se han oído tantas veces los sublimes conceptos y la elocuente palabra de ilustres oradores, no puedo menos de esclamar con San Pablo, lleno de confusión: «A mí, el más pequeño, el último de los ministros de Dios, se me ha confiado la misión de evangelizar á un gran pueblo las incomprensibles riquezas de Cristo, y de manifestar á todos cuál sea la comunicación del Sacramento escondido en Dios antes de los siglos (1).» Falto de elocuencia, nunca he querido predicar sino á Jesucristo, y este crucificado (2); y ojalá fuese sábio en su ciencia, y pudiera decir con San Bernardo: «Mi palabra y mi filosofía y toda mi sabiduría es Jesus crucificado (3), para transmitir la misma ciencia hasta que Cristo sea formado en vosotros (4).» El Padre de las luces, dador de todo don perfecto, me conceda esta gracia; y á vosotros, como le pido con San Pablo, os corrobore en virtud por su espíritu, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, á fin de que, arraigados y fundados en caridad, podáis comprender con todos los Santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad de este misterio, y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (5).

Entremos, pues, en materia, y hablemos hoy de Jesucristo, de su carácter é influencia en la sociedad. Es el

(1) Ad Ephes. III, 8.

(2) I ad Corinth. II, 2.

(3) *Hæc mea sublimior interim Philosophia scire Jesum, et hunc crucifixum*. (S. Bernard., Cant. Cantic., serm. XL, III.)

(4) Ad Gal. IV, 19.

(5) Ad Ephes., III, 13, ad 19.

fundamento, dice San Pablo, fuera del cual no puede ponerse otro (1). En la esplanacion le consideraremos como realizacion de las esperanzas de los antiguos pueblos, y como representante de la humanidad pecadora para expiar su pecado y romper su cadena; primera parte: Como piedra fundamental de la nueva sociedad, lazo de union entre Dios y el hombre, y como modelo y tipo de la humanidad regenerada para conducirla á la felicidad y á Dios; segunda parte. Pidamos para hacerlo con fruto los auxilios del cielo, acudiendo al mismo Jesus por medio de María.

Dejemos la tierra en su pequeñez y el mundo en su brevedad; remontémonos á Dios y á la eternidad: á Dios, que eternamente dispone y prepara las obras que en el tiempo han de pregonar su omnipotencia, su sabiduría y su amor, para que el angel y el hombre lleguen á la participacion de su gloria; y contemplemos con el Apóstol la sabiduría de Dios en el gran misterio; la sabiduría de ese misterio, que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, y que no conocieron los príncipes de este mundo (2). ¿Cuál es el primero de los pensamientos divinos, el que San Pablo llama por escelencia el misterio de Dios Padre (3), el secreto que estuvo escondido en los siglos y generaciones (4), el gran sacra-

(1) Ad Corint. III, 11.
 (2) I ad Corint. II, 7, 8.
 (3) Ad Colos. II, 2.
 (4) Id. I, 26.

mento de la piedad divina? (1) El mismo Apóstol nos lo descubre: ese misterio es Cristo; su Encarnacion con todas sus consecuencias. Este misterio viene á poner el sello á la admirable encadenacion de los séres que, emanando de Dios, vuelven á Él, que es el principio y el fin de todas las cosas (2). El hombre, participando á la vez de la materia y del espíritu, forma el lazo entre el mundo visible de los cuerpos y el invisible de los espíritus; se une á la tierra y al cielo, al bruto y al angel: pero el hombre y el angel están muy lejos de Dios; se necesita de otro anillo misterioso que los una, para que sean participantes de la naturaleza divina (3). Ese anillo es Jesucristo, Dios y hombre, que es la piedra angular que une ambos extremos (4). Así se cumple lo que enseña San Pablo: «Todas las cosas son del hombre y están en él: el hombre es de Cristo y está en Él; Cristo es de Dios (5), es Dios mismo, en quien terminan todas las cosas, y á quien las acerca y las une al hacerse hombre, pacificando todas las que hay en el cielo y en la tierra (6).»

¿Y quién es Jesucristo? Para conocerle en la extension de su grandeza y de su mision, es preciso elevarse sobre los tiempos, y penetrar con San Juan hasta el seno del Sér infinito. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.... Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; era la luz verdadera que alumbrá á todo hom-

(1) I ad Timoth. III, 16.
 (2) Apoc. I, 8.
 (3) II Petri, I, 4.
 (4) Act. Apost. IV, 11.
 (5) I ad Corint. III, 22, 23.
 (6) Ad Colos. I, 20.

»bre que viene á este mundo. Y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria, como de »Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).» Basta: todo está revelado, dice el desgraciado Lamennais citando este pasaje de San Juan. Sabemos ya lo que es Cristo. Es el Verbo de Dios; es su Hijo único engendrado de toda la eternidad, y que permaneciendo lo que jamás pudo dejar de ser, se dignó tomar nuestra naturaleza y vestir nuestra carne mortal. Estas dos naturalezas unidas no forman sino una sola persona; Jesucristo, el Dios hombre, que era la esperanza de las naciones. No le han esperado en vano: apareció, y vimos su gloria como de Hijo del Padre. Misterio admirable, sin duda; pero misterio tan análogo á nuestras necesidades y á nuestra razón; tan creíble, en fin, que todos los siglos le han creído (2).

¿Para qué viene al mundo? ¿Qué ha venido á hacer aquí abajo el que se sienta en trono inaccesible en la altura de los cielos? El Apóstol lo dice con la sublimidad y sencillez que le caracterizan: á restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra (3). Conocemos, pues, á Jesucristo, sabemos quién es, sabemos á qué viene. Aquel por quien fueron hechas todas las cosas, viene á restaurarlas todas, realizando las esperanzas de la humanidad. ¿Quién mejor que Él pudiera realizarlas? Más aún: ¿Quién sino Él pudiera hacerlo? Recordemos esas esperanzas: traigamos á la memoria la palabra de Dios en el paraíso al castigar á la serpiente que causó la ruina de la humanidad: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu semilla y la suya; ella quebrantará tu cabe-

(1) Joann. 1.

(2) *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión.* (Cap. 35.)

(3) Ad Ephes. I, 9, 10.

za (1).» El hijo de la mujer quebrantará tu cabeza. Hé aquí la primera verdad. ¿Pero cómo podrá romperla el Hijo de la mujer, si es esclavo de la serpiente, que envolvió en su formidable red al género humano? Es preciso que el libertador, siendo Hijo de la mujer, tenga un poder superior al de su enemigo; es preciso que nazca fuera del alcance de sus tiros; es preciso que sea Dios. Un Dios-hombre es anunciado á la hora misma del pecado; solo un Dios-hombre puede romper la cadena que labrara el demonio; un Dios-hombre espera desde entonces la humanidad en su desgracia.

A Abraham promete Dios que en su descendencia, es decir, en uno de sus descendientes, serán benditos todos los pueblos, todas las generaciones (2). Esa bendición universal y perpétua no puede estar vinculada en un solo hombre, porque no hay hombre alguno que pueda ser el centro ó el representante á la vez de todos los pueblos y de todos los tiempos. Solo puede serlo un Dios-hombre, que por su carácter divino alcance á todo, lo comprenda todo. Fundada en esta palabra, la humanidad espera un libertador Dios-hombre. Los Profetas lo anuncian así, y le llaman Dios, Admirable, Fuerte, Príncipe de la paz (3). Las tradiciones todas, los símbolos de todos los pueblos le señalan ese carácter. Esa esperanza tiende á la rehabilitación del hombre en los derechos y los bienes que Dios le quitara en justo castigo de su culpa, y encerrara, por decirlo así, en su seno de donde salieron. Solo un hombre-Dios puede devolverlos al hombre, tomándolos del seno de Dios. Esa esperanza se dirige á la unión de la criatura con el Criador: solo puede reali-

(1) Gen. III, 15.

(2) Id. XXII, 18.

(3) Isai. IX, 6.

zarla un Dios-hombre, que con una mano toca á Dios, y con la otra llega hasta el hombre. ¿Qué más puede esperar la humanidad, que un Dios hecho hombre? Ella, pues, espera á Jesucristo, al que San Juan nos presenta como Hijo de Dios, que se hace hombre (1); en quien se esconden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (2); á quien el Padre llama su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias (3), y á quien ha hecho heredero de todas sus cosas (4). En Jesucristo se resumen todas las esperanzas de la humanidad: Él realiza todo lo esperado; y no es otro más que Él, porque despues de Él nada se espera. Su nacimiento acalla la voz de la ansiedad antigua. Ni hay Profeta que anuncie ya al Libertador, ni oráculo que haga esperar su venida, ni clamor de la criatura que pida á las nubes que lluevan al Justo, y á la tierra que germine al Salvador (5). Solo un pueblo le espera vanamente: el pueblo judío, que atrajo sobre sí la maldicion, rechazando al Justo que le fué enviado, y que quedó sumido en la ceguedad y la apatía, porque Dios le abandonó (6). Todos los pueblos le esperaban: al punto que han visto á Jesucristo, han dicho: «Hosanna al que viene en nombre del Señor (7):» todo se ha cumplido: somos libres. Esa atraccion poderosa de Jesucristo sobre el mundo entero anunciada por el Profeta y por Él mismo (8), ese silencio de la esperanza, ¿no dice que á ella ha sucedido la posesion

(1) Joann. I, 14.

(2) Ad Colos. II, 3.

(3) Math. XVII, 5,

(4) Hebr. I, 2.

(5) Isai. XLV, 8.

(6) Dan. IX, 26.

(7) Math. XXI, 9.

(8) Joann. XII, 32.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Talleres

de lo esperado? ¿No es un testimonio indestructible en favor de Jesucristo, considerado como Dios-hombre regenerador del mundo? El filósofo dijo: El consentimiento unánime de los pueblos, en todo tiempo y en toda edad, es una prueba cierta de la verdad (1). Apliquemos á Jesucristo la sentencia del filósofo romano: ella nos convence de su Divinidad y de su carácter sublime de libertador y regenerador del mundo.

Véamosle cumpliendo su mision. Yo la descubro, hermanos, compendiada en lo que de sí mismo dijo Jesucristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida (2).» Soy el camino que conduce á Dios; la verdad que le descubre; la vida que nace de la union con Él. Tres caracteres de Jesucristo: es el camino de la humanidad hácia Dios, expiando el pecado; la verdad de Dios comunicada al hombre con su doctrina; la vida de la humanidad, uniéndola á Dios en su persona y en su sociedad, esto es, en su Iglesia.

La primera necesidad del hombre, el primer paso para ir á Dios, de quien se hallaba infinitamente separado por la culpa, era la expiacion de su pecado, con la cual se llenase ese inmenso abismo que entre Dios y el hombre habia abierto la concupiscencia. Toda criatura racional tiene tres deberes que cumplir con aquel que le ha dado el sér: el deber de la adoracion, confesando su majestad; el deber de la gratitud, reconociendo sus beneficios; y el deber de la oracion, testimonio de dependencia, y de que los bienes todos le vienen de aquel de quien recibe la vida. Estos deberes fueron impuestos al hombre, como al angel: y el hombre en su primer dia,

(1) *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique, hoc argumentum est veritatis.*

(2) Joann. XVI, 6.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Talleres

puro, inocente y dichoso, adoraba á Dios, le daba gracias, le invocaba sin pena y sin esfuerzo. Los sacrificios de la adoracion, de la súplica y de la accion de gracias, se exhalaban de su alma, toda hermosa, como los perfumes que en la mañana se exhalan de las flores, como el incienso que se quema ante el trono del Eterno. El pecado, sin eximir al hombre de estos deberes, le impuso otro más apremiante; el del arrepentimiento, el de la expiacion. En vano trata como de aturdirse á sí mismo, de cubrir de flores el aguijon del remordimiento, de sofocar la voz de la conciencia. Sus esfuerzos son inútiles: cuanto más quiere sofocarla, más grita ella: «Ofrece el sacrificio de la adoracion, el sacrificio de la súplica, el sacrificio de la gratitud; sobre todo, ofrece, ofrece sin cesar el sacrificio de la expiacion.» Pero..... ¿dónde encontrar un sacerdote digno de ofrecer una víctima agradable al Altísimo? ¿Dónde hallar una víctima bastante pura, bastante meritoria para esta expiacion? Todos los pueblos lo buscaron á impulso de su conviccion y de su esperanza; todo lo elevaron al sacerdocio; todo lo pusieron en el rango de las víctimas, y los animales y los hombres, los niños y los ancianos sucesivamente, inundaron con su sangre los altares. Tan íntima era la conviccion de la necesidad del sacrificio. Los hebreos y los egipcios, los persas, los griegos y los romanos, los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía, los salvajes del nuevo mundo y los hijos de las islas desconocidas, las naciones guerreras y los pueblos civilizados, en todo tiempo, en todo lugar y bajo todo cielo, el mismo pensamiento, Señores, el mismo instinto, la misma necesidad.

Esos esfuerzos, sin embargo, son inútiles. Tras ellos el pecado es el mismo: la separacion de Dios se hace más sensible. No hay entre los hombres sacerdote santo, que

no necesitando expiacion por sí, la ofrezca por el pueblo. No hay víctima bastante noble y pura, que abrace en su inteligencia toda la idea del mal que ha de expiar; ni en su corazon el deseo de expiarlo, apreciando la extension del sacrificio; ni en su cuerpo y en sus acciones todo el valor, todo el mérito necesario para la expiacion. Solo Dios puede hacerlo, y Dios lo hace tomando la naturaleza humana. Su inteligencia sin limites le descubre la intensidad del mal y la extension del sacrificio; su amor infinito le inspira el deseo de expiarlo; su cuerpo, unido á la Divinidad, recibe un poder, una fuerza y un mérito infinitos. Jesucristo es el sacerdote y es la víctima que satisface á esa primera necesidad del hombre, á quien se da por hermano. Viene á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, y á redimir á los que estaban bajo la ley del pecado (1); y al entrar en el mundo, dice al Padre: «No habeis querido hostia ni oblacion; pero me formásteis un cuerpo: sacrificio por el pecado no habeis aceptado; entonces dije: héme aquí, que yo vengo para sacrificarme. En la cabeza del libro está escrito de mí, que yo haré ¡oh Dios! tu voluntad (2).»

¡Cuán bien lo hace Jesucristo, hermanos míos! El orgullo, la soberbia, es la fuente del pecado y de la rebelion, haciendo concebir al hombre el insensato deseo de ser como Dios: una humillacion suprema será la expiacion. El placer, la sensualidad, es el instrumento del pecado, apartando el corazon de Dios para darlo á la criatura: un tormento inefable será su castigo. La independencia es el objeto de la prevaricacion, haciendo al hombre principio y término de sí mismo: una obediencia heroica ha de dar satisfaccion á Dios; y esto hace Jesu-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Hæbr. X, 5, 6, 7.